



12 ROSAS

Consagración al Inmaculado Corazón de María

HOSPITAL DE ALMAS MARÍA DE LA CONSOLACIÓN

Oración para todos los días

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén

María, ven en mi auxilio. Hoy acudo a ti y traigo ante tu altar esta rosa. Con ella te doy también mi corazón para que tú lo transformes, quiero que cada día se parezca más al tuyo. Acudo al amor de Jesús y, junto con Él, quiero vivir como verdadero hijo tuyo.

Te amo, Madre mía, y me refugio en tu manto, para que seas tú quien me lleve hacia Dios.

Amén.

Padre nuestro...
Ave María...(x3)
Gloria...

Ira Rosa: La Razón

En este primer día, vamos a entregar la razón. Vamos a poner en el manto de María, junto con esta rosa, la inteligencia y los razonamientos, la cabeza que se confunde y quiere entender y racionalizar todo.

¡Cuánta razón tenía Pascal cuando decía que el corazón tiene razones que la razón no entiende! La cabeza y el corazón hablan idiomas distintos. Distinguimos claramente los latidos que nos llevan hacia Dios, pero enseguida queremos comprender. En lugar de seguir las razones del corazón, buscamos respuestas en el intelecto para quedarnos tranquilos. ¿Cuál es el motivo? La razón es que así nos sentimos seguros. Porque lo único sobre lo que realmente podemos tener el control los seres humanos es sobre nuestra mente. Es el lugar en el que nosotros mismos somos guionista, público y actor. Es verdad que la mente a veces nos juega malas pasadas, pero es porque entre una idea y otra, hemos dirigido el guion hacia allá. El control sobre los propios pensamientos es lo único que nos pertenece totalmente, donde nadie puede irrumpir o asaltar, por eso nos da seguridad.

¿Cómo era el pensamiento de María? Ella también tenía preguntas y usaba su razón, pues obedecía inteligentemente. Por eso no dudó en presentar su cuestionamiento cuando el ángel le dijo que sería madre mientras todavía era virgen (Cfr. Lc. 1, 24). Sin embargo, su pregunta ante lo incomprendible fue Hospital de Almas *María de la Consolación*

sencilla, sin complicaciones, sin buscar indagar y entender para creer, sino con la simplicidad de un niño que no comprende algo y reconoce que lo que no entiende es un misterio mucho más grande que su pequeñez.

Hoy vamos a acercarnos a nuestra Madre con todos nuestros razonamientos. Vamos a postrarnos, hasta que nuestra cabeza, que siempre está tan por encima de todo, quede a ras de suelo y desde ahí vamos a reconocer nuestra pequeñez. Dejemos que María nos toque, nos acaricie y sienta nuestros pensamientos, cada uno de ellos. Son muchos y muy complejos. A lo mejor nos llenamos de tristeza viendo nuestro ser tan enmarañado de ideas, sin embargo, antes de que el desánimo asome, es importante entender que todos esos pensamientos son parte de la naturaleza humana. La razón es un regalo de Dios, que tiene un propósito concreto en el hombre. Cada una de las ideas que surgen en nuestra cabeza vienen de nuestra esencia y esa esencia, así como todo nuestro ser, viene de Dios, de un Dios que es omnisciente, que es la misma sabiduría y es inteligente, sin ser por eso un Dios “intelecto”.

¿Cómo puede haber entonces algo malo en lo que pienso?
¿De dónde surgen las ideas equivocadas y los juicios torcidos?

Pensemos en nuestra primera madre, Eva, en la inocencia de su pensar y en cómo la primera tentación no consistió en comer el fruto prohibido, sino en anhelar conocimiento. La serpiente le dijo *“Dios sabe que el día en que coman del árbol se les abrirán los ojos y serán como Él en el conocimiento del bien y del mal”* (Gn. 3, 5). La soberbia intelectual, el querer entenderlo todo, el inflar el intelecto con conocimientos es la causa del

pecado original y de la cadena de pecados que se han cometido en la historia.

¿A qué se debe esto? A la falta de sencillez. El primer pecado, la soberbia que nace del afán de conocimiento de una mujer, encuentra su remedio en la humildad y la sencillez de corazón de otra Mujer. Dios creo en María el más sencillo y hermoso de los corazones, para que sea Ella quien pise a Satanás y para que lo pise precisamente en la cabeza (Cfr. Gn. 3, 15), para que aplaste con su talón toda idea, todo conocimiento que engríe, todo afán de poder intelectual, toda confusión y enredo mental.

¡Cuánto mal ha entrado en el mundo a causa de la razón! En lugar de usar la facultad intelectual que Dios nos ha dado, para ordenar las ideas y actuar hacia el fin para el que fue creado, el hombre de todos los tiempos ha ofendido al Creador al haberse dejado engañar por la serpiente. El ser humano le creyó al animal que se arrastra y, después de comer el fruto, presa del engaño, empezó a pensar que distinguía lo bueno de lo malo, que en sus pensamientos era capaz de poner la vara de medir y así decidir por encima de los criterios morales, más allá de la ley natural.

Nunca antes la humanidad ha avanzado tanto en técnica y conocimiento como en estos tiempos y, a la vez, nunca el mundo ha vivido en una situación de injusticia como ahora. Se gastan millones en desarrollos científicos y tecnológicos, sólo con el afán de conocer más. Viajes espaciales, experimentos con embriones, desarrollo de enfermedades en laboratorio, ideas que se venden y se compran... Y, sin embargo, ¿cuánto

conocemos de nosotros mismos? ¿De qué sirve conocer todo el Hospital de Almas *María de la Consolación*

cosmos y dominar toda ciencia, si no soy capaz de conocer mi interior? ¿Por qué la paradoja de que el conocimiento científico avanza mientras el personal retrocede?

Se ha endiosado a la razón, olvidando que no fuimos creados para conocer, sino para amar. El hombre, a lo largo de la historia ha restado valor al conocimiento del corazón, a todo lo que no se puede medir o evaluar porque se sale de las manos y se pierde el control. Porque cuando se trata de llenar la cabeza, el conocimiento siempre es insaciable, pero cuando se empieza a llenar el corazón enseguida se experimenta la sobreabundancia. Como un océano queriendo entrar en una concha, lo que proviene del amor inunda, desborda, supera enormemente los propios límites. San Pablo lo comprendió bien al afirmar que, aunque conociera todos los secretos y todo el saber, sin amor no sería nada (Cfr. 1 Cor. 13, 2).

¿Qué hacer, entonces, al entregar esta rosa? Vemos que no es fácil liberarse de los juicios y razonamientos que engríen y engrandecen la razón. Es necesario partir desde el origen: hay que buscar ser como María y como nuestros primeros padres antes de la tentación de la serpiente, poniendo todo pensamiento sólo en Dios y dejando que Él vaya llevando la razón y dirigiendo las ideas hacia donde tienen que ir. Mientras menos compliquemos cada cosa que venga a la cabeza, mientras menos dejemos que el demonio se meta, mientras

más logremos tener el corazón en el presente, más fácilmente llegaremos a la plena unión con Dios.

Si surgen cuestionamientos, no está mal preguntar, siempre y cuando sea con la curiosidad de un niño, que no busca respuestas lógicas, sino latidos que dirijan los propios actos hacia la eternidad. Se trata de sentirse como un pequeño que no sabe por qué lado sale el sol, pero disfruta de la belleza del amanecer; que se asombra por los colores de las flores, sin pensar de dónde provienen sus semillas; que canta con los pájaros del jardín, sin preocuparse de cuáles son las notas. Sólo así, el corazón se irá simplificando, pareciéndose más al de nuestra Madre, sólo así se podrá dejar los pensamientos complejos a los adultos, para vivir en la libertad de los pequeños que alcanzan el Reino de los Cielos.

ORACIÓN PARA PEDIR LA SENCILLEZ

Madre mía, tú que tienes un Corazón sencillo, concédeme la virtud de la sencillez, para vaciar mi cabeza de todo el ruido que no me permite escuchar al corazón.

Recibe hoy mi intelecto y mis ideas, mis juicios y razonamientos, mis pensamientos y conclusiones. Te entrego mi afán de conocimiento, la vanidad que viene del saber y el afán insaciable de aprender cada vez más.

Te pido que tomes mi mano y me enseñes a apreciar la vida, como lo han hecho tus hijos, los santos. Muéstrame cómo cada uno de ellos mantuvo ese corazón sencillo hasta el final, para conocer los misterios de Dios. Sé que Tú, como ellos, vivieron lo que yo vivo; cuestionaron lo que yo cuestiono; sufrieron como yo sufro; amaron, como yo procuro amar. Por eso, hoy me acojo a su cuidado y a tu protección maternal para abandonar todo lo que en mi mente enreda y empezar un camino de sencillez y humildad.

Recibe, Madre, esta primera rosa como signo de mi amor a ti. En adelante quiero que toda mi ciencia se dirija sólo para dar gloria a Dios y acercar muchas almas a Él. Pongo en tus manos mis capacidades intelectuales, para que Él crezca y yo disminuya (Cfr. Jn 3, 30).

Amén.